

cho peligro suyo, de se apartar de donde el rey Lisuarte andoviese, por no topar con él ni dar ocasion de lo enojar, aunque él bien sabia, segun las cosas pasadas, que aquella cortesía no la esperaba dél, sino que como á mortal enemigo le buscaria la muerte. Pero de Agrájes vos digo que su pensamiento estaba muy alejado del de Amadís, que nunca rogaba á Dios sino que le guiasse para que él pudiese llegarlo á la muerte é destruir todos los suyos; que siempre tenia delante sus ojos la descortesía é poco conocimiento que les habia fecho en lo de la insola de Mongaza, é lo que contra su tío don Galvanes é los de su parte habia fecho, que aunque la misma insola le habia dado, mas por deshonor que por honra lo tenia, pues fué sobre ser vencidos, donde toda la honra quedaba con el Rey. E si él en aquel tiempo allí se hallara, no la consintiera tomar á su tío, antes le diera otro tanto en el reino de su padre. E con esta gran rabia que tenia, muchas veces se hobiera de perder en aquella batalla por se meter en las mayores priesas por matar ó prender al rey Lisuarte; mas, como el otro fuese esforzado é usado de aquel menester, no daba mucho por él ni dejaba de se combatir en todas las otras partes donde convenia, como adelante se dirá.

Estando las batallas para romper unas con otras, solamente esperandó el son de las trompetas é añafles, Amadís, que en la delantera estaba, vió venir un escudero en un caballo á mas andar de la parte de los contrarios, é á grandes voces preguntaba si estaba allí Amadís de Gaula. Amadís le dió de la mano que se llegase á él. El escudero así lo fizo, y llegando á él, le dijo: «Escudero, ¿qué quereis? que yo soy el que vos demandais.» El escudero le miró, é á su parecer en toda su vida habia visto caballero que así pareciese armado ni á caballo, é dijole: «Buen señor, yo creo bien lo que me decis; que vuestra presencia da testimonio de vuestra gran fama.—Pues agora decid lo que me quereis,» dijo Amadís. El escudero le dijo: «Señor, Gasquilan, rey de Suesa, mi señor, vos hace saber cómo en el tiempo pasado, cuando el rey Lisuarte tenia guerra con vos é con don Galvanes, é otros muchos caballeros que de vuestra parte y de la suya estaban sobre la insola de Mongaza, que él vino á la parte del rey Lisuarte con pensamiento y deseo de se combatir con vos, no por enemistad que os tenga, sino por la gran fama que oyó de vuestras grandes caballerías; en la cual guerra estuvo hasta que mal ferido se volvió á su tierra, sabiendo que vos no estábades en parte donde este su deseo efeto pudiese haber; y que agora el rey Lisuarte le hizo saber desta guerra en que estáis, donde, segun la causa della, no se podrá excusar gran quistion ó batalla, y que él es venido á ella con aquella misma gana; é diceos, Señor, que antes que las batallas se junten rompáis con él dos ó tres lanzas; que él de grado lo fará, porque si las batallas se juntan, no os podrá topar á su voluntad; que habrá estorbo de otros muchos caballeros.» Amadís le dijo: «Buen escudero, decid al Rey vuestro señor que todo lo que por vos me envia á decir yo lo supe en aquel tiempo, que en aquella guerra no pude ser; y que esto que él quiere, antes lo tengo á grandeza de esfuerzo que á otra enemistad ni malquerencia;

y que aunque mis obras no sean tan complidas como la fama dellas, yo me tengo por muy contento en que hombre de tan gran guisa y de tanta nombradía me tenga en tan buena posesion; y que, pues esta demanda es mas voluntaria que necesaria, querria, si á él pluguiese, que mi bien ó mi mal lo probase en cosa de mas su honra y provecho; pero si á él lo que me envia á decir mas le agrada, que yo lo haré como lo pide.» El escudero dijo: «Señor, el Rey mi señor bien sabe lo que vos acaece con Madarque, el jayan de la insola Triste, su padre, é cómo le vencistes por salvar al rey Cildadan é á don Galaor, vuestro hermano; y que, como quiera que esto le tocasse como cosa de padre, á quien tanto deudo es, que sabiendo la gran cortesía que con él usastes, antes sois digno de gracias que de pena; y que si él ha gana de se probar con vos, no es al, salvo la grande envidia que de vuestra gran bondad tiene; que hace cuenta que si os vence será su loor y fama sobre todos los caballeros del mundo, é si él fuere vencido, que le no será denuesto grande ni vergüenza serlo por ser de quien tantos caballeros é gigantes é otras cosas tales fuera de la natura de los hombres ha vencido.—Pues que así es, dijo Amadís, decilde que si, como he dicho, esto que pide mas le contenta, que yo estoy presto de lo hacer.»

CAPITULO XXIX.

Cómo da cuenta por qué causa este Gasquilan, rey de Suesa, envió á su escudero con la demanda que oído habedes á Amadís.

Cuenta la historia por qué causa este caballero vino dos veces á buscar á Amadís por se combatir con él, que sin razon sería que un tan grande príncipe como este, que con tal empresa viniese de tan lueña tierra como lo era su reino, no fuese sabido é publicado su buen deseo. Ya la historia tercera os ha contado cómo este Gasquilan era hijo de Madarque, el jayan de la insola Triste, y de la hermana de Lancino, rey de Suesa, por parte del cual fué allí tomado por rey, porque él murió sin heredero, é como este fuese valiente de cuerpo, como hijo de jayan, é de gran fuerza, en muchas cosas de armas que se probó, las pasó todas á su honra tan enteramente, que en todas aquellas partes no se fablaba de ninguna bondad de caballero tanto como de la suya, aunque era mancebo. Este fué enamorado en gran manera de una princesa muy hermosa, llamada la hermosa Pinela, que despues de la muerte del Rey su padre, por señora de la insola Fuerte quedó, que con el reino de Suesa confinaba, é por su amor emprendió grandes cosas é afrentas, é pasó muchos peligros de su persona para la atraer á que le amase; mas ella, conociendo ser de linaje de gigantes, é muy follon é soberbio, nunca fué otorgada á le dar esperanza ninguna de sus deseos; pero algunos de los grandes de su señorío, viendo la grandeza y soberbia deste Gasquilan, é temiendo no tener remedio en sus amores, y el gran amor no se tornase en desamor y enemistad, como algunas veces acaece, y que donde estaban en paz no se le volviere en cruel guerra, tovieron por bien de aconsejarle que no así esquivase tan crudamente sus embajadas, é con alguna infintosa esperanza le detoviese lo mas que pudiese ser.

Pues con este acuerdo, cuando esta señora se vió muy aquejada dél, envióle decir que, pues Dios la habia fecho señora de tan gran tierra, su propósito era, é así lo habia prometido á su padre al tiempo de su finamiento, de no casar sino con el mejor caballero que se pudiese fallar en el mundo, aunque de gran estado no fuese, y que ella habia procurado mucho por saber quién lo fuese, enviando sus mensajeros á muchas tierras extrañas, los cuales le habian traído nuevas de uno que se llamaba Amadís de Gaula; que este era extremado entre todos los del mundo por el mas esforzado é valiente caballero, acabando y emprendiendo las cosas peligrosas que los otros acometer no osaban; é que si él, pues tan valiente é tan esforzado era, con este Amadís se combatiese é lo venciese, que ella cumpliese su deseo é la promesa que á su padre hizo; le daría su amor y le haría señor de sí é de su reino; que bien creía que, despues de aquel, no le quedaria par de bondad. Esto respondió esta hermosa princesa por se quitar de sus recuestas, é tambien porque de los suyos que Amadís vieron é oyeron sus grandes hechos, supo que no era igual la bondad de Gasquilan á la suya, con gran parte de su amor.

Como esto le fué dicho á Gasquilan, así por el gran amor que á esta princesa tenia, como por la presuncion é soberbia suya, se puso en buscar manera como esto que le era mandado pudiese poner en obra, é por esta causa que ois vino estas dos veces de su reino á buscar á Amadís; la primera á la guerra de la insola de Mongaza, donde volvió ferido de un gran golpe que don Florestan le dió en la batalla que con él é con el rey Arban de Norgales hobieron; la segunda agora en esta quistion del rey Lisuarte, porque fasta allí nunca pudo saber nuevas de Amadís, porque él anduvo desconocido, llamándose el caballero de la Verde Espada, por las insolas de Romania, é por Alemania é Constantinopla, donde hizo las extrañas cosas en armas que la parte tercera desta historia cuenta. El escudero deste Gasquilan tornó á él con la respuesta de Amadís tal cual la habeis oido, é como gela dijo, respondióle: «Amigo, agora traes aquello que yo mucho tengo deseado, é todo viene á mi voluntad, é yo entiendo ganar el amor de mi señora, si yo soy aquel Gasquilan que tú conoces.» Estonces demandó sus armas, las cuales eran desta manera: el campo de las sobreseñales é sobrevistas pardillo, é grifos dorados por él; el yelmo y escudo eran limpios como un espejo claro; y en medio del escudo, clavado con clavos de oro, un grifo guarnido de muchas piedras preciosas y perlas de gran valor, el cual tenia en sus uñas un corazon que con ellas le atravesaba todo, dando á entender por el grifo é su gran fiereza la esquiveza é gran crueldad de su señora; que así como tenia aquel corazon atravesado con las uñas, así el suyo lo estaba de los grandes cuidados é mortales deseos que della continuamente le venian; é aqueestas armas pensaba él traer fasta que á su señora hobiese, é tambien porque, considerando traerlas en su memoria, le daban esfuerzo é gran descanso en sus cuidados. Pues armado como ois, tomó una lanza en la mano, gruesa y de un hierro grande é limpio, é fué adonde el Emperador estaba, é pidióle por merced que mandase á su gente que no rompiese hasta que él hobiese una

justa que tenia concertada con Amadís, y que le no toviere por caballero si del primero encuentro no gelo quitase de su estorbo.

El Emperador, que mejor que él lo conocia y le habia probado, aunque lo no mostró, bien tenia creído que mas duro le sería de acabar de lo que pensaba. Así se partió dél é pasó por las batallas. Todos estovieron quedos por mirar la batalla destes dos tan famosos caballeros é tan señalados. Desi llegó Gasquilan á la parte donde Amadís estaba aparejado para lo rescebir, é aunque él sabia que esté fuese un valiente caballero, tenialo por tan follon é soberbio, que no temia mucho su valentía, porque á estos tales en el tiempo que mas piensan hacer é mas menester lo han, allí Dios les quebranta su gran soberbia, porque los semejantes tomen ejemplo; é como lo vió venir, enderezó su caballo contra él, é cubrióse de su escudo lo mejor que supo, é dióle de las espuelas é fué lo mas recio que pudo ir contra él, é Gasquilan asimesmo iba muy desapoderado cuanto el caballo lo podia llevar; y encontráronse en los escudos de manera, que las lanzas fueron en pedazos por el aire, é al juntar uno con otro fué el golpe tan duro, que todos pensaron que ambos eran fechos piezas; é Gasquilan fué fuera de la silla, é como era valiente de cuerpo y el golpe fué muy grande, dió tan gran caída en el campo duro, que quedó tan desacordado, que se no pudo levantar, é hobo el brazo diestro sobre que cayó quebrado; é así, quedó en el campo tendido como muerto. El caballo de Amadís hobo la una espalda quebrada, que no se pudo tener; é Amadís fué ya cuanto desacordado, pero no de manera que dél no saliese luego antes que cayese con él, é así á pié se fué donde Gasquilan yacia, por ver si era muerto. El emperador de Roma, que la batalla miraba, como le vió muerto, que así él como todos los otros lo pensaron, é Amadís á pié, dió voces á Floyan, que la delantera tenia, que socorriese con su batalla, é así lo fizo; é como don Cuadrágante esto vió, puso las espuelas á su caballo, é dijo á los suyos: «Feridlos, señores, é no dejeis ninguno á vida.» Entonces fueron los unos é otros á se encontrar; mas Gandalin, como vió á su señor Amadís á pié, y que las haces rompian, hobo gran recelo dél, é fué delante todos una pieza por le acorrer, é vió venir á Floyan delante de todos los suyos, é fué para él, y encontráronse ambos de recios golpes, é Floyan cayó del caballo, é Gandalin perdió las estriberas ambas, mas no cayó. Entonces llegaron muchos romanos por socorrer á Floyan, é don Guadrágante á Amadís, é cada uno puso al suyo á caballo, que en al no entendieron; pero, como los romanos llegaron muchos é muy presto, cobraron á Gasquilan, que algo mas acordado estaba, é sacáronlo de la priesa á gran trabajo. Don Cuadrágante en su llegada, antes que la lanza perdiese, derribó á tierra cuatro caballeros; é del primero que derribó fué tomado el caballo por Angriote de Estravaus, y gelo trajo prestamente á Amadís; é Gavarte de Val Temeroso é Landin siguieron la via de don Cuadrágante, é hicieron mucho daño en los enemigos, como aquellos que en tal menester eran usados.

Estos que vos digo llegaron delante de su haz; pero cuando la una é la otra batalla se juntaron, el ruido é las

voces fué tan grande, que se no oían unos á otros, é allí veríades caballos sin señores, é los caballeros, dellos muertos y dellos feridos, é pasaban sobre ellos los que podían; é Floyan, como era valiente y deseoso de ganar honra y de vengar la muerte de Salustanquidio, su hermano, como á caballo se vió, tomó una lanza é fué contra Angriote, que le vió facer cosas extrañas en armas, y encontróle por el un costado tan reciamente, que por muy poco no le derribó del caballo, y quebró la lanza, é puso mano á su espada, é fué ferir á Enil, que delante sí falló, é dióle por encima del yelmo tan gran golpe, que las llamas salieron dél; é pasó tan recio por entrambos al través de las batallas, que ninguno dellos le pudo herir; tanto, que maravillaron de su ardimiento é gran prez; é antes que á los suyos llegase topó con un caballero de Irlanda, criado de don Cuadragante, é dióle tal golpe por cima del hombro, que le cortó fasta la carne é los huesos, é fué tan mal trecho, que le fué forzado de salir de la batalla. Amadis en este tiempo tomó consigo á Balais de Carsante é á Gandalin, é con gran saña, viendo que los romanos tan bien se defendían, entró lo mas recio que pudo por el un costado de la haz, é aquellos que le seguían, é dió tan grandes golpes del espada, que no había hombre que lo viese que mucho no fuese espantado; é mucho mas lo fueron aquellos que le esperaban, que tan gran miedo les puso, que ninguno le osaba atender, antes se metían entre los otros, como hace el ganado cuando de los lobos son acometidos, é yendo así sin fallar defensa, salió á él al encuentro un hermano bastardo de la reina Sardinia, que Flamíneo había nombre, muy buen caballero en armas, é como vió á Amadis facer tales maravillas, y que ninguno le osaba esperar, fué para él, y encontróle en el escudo con su lanza, que gelo falsó, é la lanza fué quebrada en piezas, é al pasar Amadis le cuidó ferir en el yelmo; mas, como pasó recio, no pudo, é hirió al caballo en el lomo junto con los arzones de zaga, é cortóle todo lo mas del cuerpo é de las tripas, é dió con él en el suelo gran caída, tanto, que pensó que le había abierto por las espaldas. Don Cuadragante é los otros caballeros que por la otra parte se combatían apretaron tanto los contrarios, que si no fuera porque llegó Arquisil con la segunda haz en su socorro, todos fueran destrozados é vencidos; mas, como este llegó, todos fueron reparados é cobraron gran esfuerzo, é por su llegada cayeron á tierra de los caballos mas de mill de los unos é de los otros. Este Arquisil se encontró con Landin, sobrino de don Cuadragante, é diéronse tan grandes golpes de las lanzas é los caballos uno con otro, que ambos cayeron en tierra. Floyan, que á todas partes andaba, había socorrido con cincuenta caballeros á Flamíneo, que estaba á pié, y le diera un caballo, que Amadis despues que lo derribó no miró por él, porque vió venir á la segunda haz, é por ser el primero en la recibir, dejólo en poder de Gandalin y de Balais, los cuales pensaron que muerto quedaba, é fueron ferir en la haz de Arquisil, porque los suyos en su llegada no recibiesen daño, que llegaban muy folgados; é como Floyan vió á pié á Arquisil, que se combatía con Landin, dió muy grandes voces, diciendo: «Oh caballeros de Roma, socorred á vuestro capitán!» Estonces él arre-

metió muy bravo, é mas de quinientos caballeros con él, si no fuera por Angriote, y por Enil, é Gavarte de Val Temeroso, que lo vieron é dieron voces á don Cuadragante, que con mucha priesa socorrieron, é muchos caballeros de los suyos con ellos, Landin fuera aquella hora muerto ó preso; mas, como estos llegaron, firieron tan reciamente, que era maravilla de ver. Flamíneo, que, como dicho es, estaba ya á caballo, tomó los mas que pudo, é socorrió como buen caballero á los suyos. ¿Qué vos diré? la priesa fué allí tan grande, é tantos caballeros muertos y derribados, que todo aquel campo donde ellos se combatían estaba ocupado de los muertos y de los heridos; mas los romanos, como eran muchos, tomaron á Arquisil á pesar de sus enemigos, é don Cuadragante é sus compañeros á Landin; é así salvó cada uno al suyo, é los hicieron cabalgar en sendos caballos, que muchos había por allí sin señores.

Amadis andaba á la otra parte haciendo maravillas de armas, é como ya lo conocían todos los mas, dejábanle la carrera por donde quería ir; pero todo era menester, que como los romanos eran muchos mas, si no fuera por los caballeros señalados de la otra parte, á su voluntad los traieran. Mas luego socorrió Agrájes é don Bruneo de Bonamar con su haz, y llegaron tan recios y tan juntos, que, como los romanos andoviesen todos barajados, muy prestamente los hicieron dos partes; de manera que ningun remedio tenían, si el Emperador con su batalla, en que traía cinco mil caballeros, no socorriera. Esta gente, como era mucha, dió tan gran esfuerzo á los suyos, que muy prestamente cobraron todo lo que habían perdido. El Emperador llegó en su gran caballo é armado como es dicho, é como era grande de cuerpo, y venía delante de los suyos, pareció tan bien á todos los que lo veían, que era maravilla; é fué mucho mirado, é al primero que delante falló fué á Balais de Carsante, y encontróle en el escudo tan reciamente, que quebró la lanza, é topóle con el caballo, que venía muy folgado, é como el de Balais cansado andoviese, no pudo sufrir el duro golpe, é cayó con su señor de tal manera, que fué muy quebrantado. Y el Emperador cuando tal encuentro hizo tomó en sí gran orgullo, y metió mano á la espada é comenzó á decir á grandes voces: «Roma, Roma; á ellos, mis caballeros; no vos escape ninguno;» é luego se metió por la priesa, dando muy grandes é fuertes golpes á todos los que delante sí hallaba, á guisa de buen caballero; é yendo así haciendo gran daño, encontróse con don Cuadragante, que asimesmo andaba con la espada en la mano firiendo y derribando cuantos alcanzaba. É como se vieron, fué el uno contra el otro muy recio, las espadas altas en las manos, é diéronse tales golpes por cima de los yelmos, que el fuego salió dellos é de las espadas; mas, como don Cuadragante era de mas fuerza, el Emperador fué tan cargado del golpe, que perdió las estriberas, é hóbose de abrazar al cuello del caballo, y quedó ya cuanto desahogado. Acaeció que aquella hora se falló allí Costancio, hermano de Brondajel de Roca, que era buen caballero, mancebo, é como vió al Emperador su señor en tal guisa, firió al caballo de las espuelas, é fué para don Cuadragante con la lanza sobre mano, é dióle una gran lanzada en el escudo, que gelo falsó, é firióle un

poco en el brazo; y en tanto que don Cuadragante volvió á lo ferir con la espada, el Emperador hobo lugar de se tornar á la parte donde los suyos estaban. Costancio, como vió que era en salvo, no paró; mas antes, como llegaba holgado él é su caballo, salióse muy presto, é fué á la parte donde Amadis andaba, é cuando vió las cosas extrañas que facía, é los caballeros que dejaba por el suelo por do quiera que iba, fué tan espantado, que no podía creer que fuese sino algun diablo que allí era venido para los destruir; y estándole mirando, vió cómo salió á él un caballero que fué gobernador del principado de Calabria por Salustanquidio, é firióle de la espada en el cuello del caballo, é Amadis le dió por cima del yelmo tal golpe, que así el yelmo como la cabeza le hizo dos partes, é luego cayó muerto en el suelo; de que Costancio hobo gran dolor, porque muy buen caballero era. É luego llamó á Floyan á grandes voces, é dijo: «A este, á este herid y matad; que este es el que nos destruye sin ninguna piedad.» Estonces ambos juntos vinieron á él, é diéronle grandes golpes de las espadas; mas Amadis á Costancio, que delante falló, dió tal golpe en el brocal del escudo, que gelo hizo dos pedazos; é no se detovo allí la espada, antes llegó al yelmo, y el golpe fué tan grande, que Costancio fué atordido, que cayó del caballo abajo. Como los romanos que á Floyan aguardaban lo vieron con Amadis, é á Costancio en el suelo, juntáronse mas de veinte caballeros, é dieron en él, mas no le podieron derribar del caballo, é no osaban parar con él, que al que alcanzaba no había menester mas de un golpe.

Estando así la batalla, en que los romanos, como eran muchos en demasía, tenían algo de la ventaja, socorrió Grasandor y el esforzado de don Florestan, y llegaron á tiempo que los romanos tenían cercados á Agrájes é á don Bruneo é Angriote, que les habían muerto los caballos, é habíanlos socorrido Lasindo é Gandalin, é Gavarte de Val Temeroso é Branfil, que acaso se fallaron juntos; mas la muchedumbre de la gente que sobre ellos estaba era tanta, que estos que digo, aunque muchos caballeros derribaron é mataron, é pasaron mucho peligro, no podieron llegar á ellos. É como don Florestan llegó, é vió allí tan gran priesa, bien cuidó que no sería sin mucha causa, é como llegó conoció aquellos caballeros que socorrián á Agrájes é á sus compañeros; é como Lasindo lo vió dijo: «Oh señor don Florestan! socorred aquí; si no, perdidos son vuestros amigos.» Como él esto oyó, dijo: «Pues llegad vos á mí, é firámoslos, que no osarán atender.» Estonces se metió por la gente, derribando é matando cuantos alcanzaba, fasta que la lanza quebró; é puso mano á su espada, é dió tan grandes golpes con ella, que espanto ponía á todos los que allí estaban. É aquellos caballeros que vos dije fueron teniendo con él fasta que llegaron donde Agrájes é sus compañeros estaban á pié, como habeis oído. ¿Quién vos podría decir lo que allí pasaron en aquel socorro, é lo que habían fecho los que estaban cercados? Por cierto no se puede contar, que tan pocos como ellos eran se pudiesen defender á tantos como los querían matar; pero aun con todo, todos ellos estaban en muy gran peligro de sus vidas, si la ventura no trajera por allí á Amadis, al cual Floyan é los suyos ha-

bían dejado, porque de los veinte caballeros que vos dije que socorrieron á Costancio había él muerto y derribado los seis; é como vió que lo dejaban y se apartaban dél, é oyó las grandes voces que en aquella priesa se daban, acudió allí, é como llegó, luego los conoció en las armas, é comenzó á llamar á los suyos, é juntáronse con él mas de cuatrocientos caballeros. É como allí fuese la mayor priesa que en todo el dia había sido, acudieron tambien de la parte de los romanos Floyan é Arquisil é Flamíneo, con la mas gente que pudieron, é comenzóse la mas brava batalla é mas peligrosa que hombre vió. Allí viérades facer maravillas á Amadis, las cuales nunca fueron vistas ni oídas que caballero pudiese facer; tanto, que así á los contrarios como á los suyos facía mucho maravillar, así de los que mataba como de los que derribaba; é como las voces eran muchas y el ruido muy grande, así el Emperador como todos los mas que en la batalla andaban acudieron allí.

Don Cuadragante, que á otra parte andaba, fuéle dicho por un balletero de caballo la cosa como estaba, é luego á gran priesa juntó consigo mas de mil caballeros que le aguardaban de su haz, é díjoles: «Agora, señores, parezca vuestra bondad é seguidme; que mucho es menester nuestro socorro.» Todos fueron con él, y él delante, é cuando llegaron á la priesa había tanta gente de un cabo y de otro, que apenas podían llegar á los enemigos. É como esto él vió, así con su gente, como la traía junta; que era muy buena y de buenos caballeros, dió por el un costado tan reciamente, que en su llegada fueron por el suelo mas de docientos caballeros; é bien vos digo que los que él á derecho golpe alcanzaba que no habían menester maestro. Amadis, cuando vió á don Cuadragante lo que él é su gente hacían, fué muy maravillado, é metióse tan desapoderadamente por los contrarios, dando tales golpes é tan pesados, que no dejaba hombre en silla; pero aquella hora Arquisil é Floyan é Flamíneo, é otros muchos con ellos, se combatían tan esforzadamente, que pocos había que mejor lo ficiesen; é puñaban cuanto podían de llegar á la muerte á Agrájes é sus compañeros, que con él á pié estaban, é á don Florestan, é á los otros que vos dijimos que cabe ellos estaban para los defender; que despues que pasaron la gran priesa de la gente y llegaron á ellos, nunca, por gente que viniese ni por golpes que les diesen, los pudieron de allí quitar. Y como vieron estos lo que los suyos hacían, é tan gran daño en sus enemigos, apretaron tan recio á los romanos, así por la parte de don Cuadragante como de la de Amadis y de don Gandales, que sobrevino con hasta ochocientos caballeros de los que traía en cargo, que á mal de su grado, aunque el Emperador daba muy grandes voces, que despues que don Cuadragante le dió aquel gran golpe de la espada, mas entendió en gobernar la gente que en pelear, los hicieron perder el campo; de manera que Agrájes é Angriote é don Bruneo, que mucho afán y peligro habían pasado, pudieron cobrar caballos, en que cabalgaron; é luego se metieron en la priesa contra los romanos, que iban de vencida, é así los llevaron hasta dar en la batalla del rey Arban de Norgales, á tal hora, que era ya puesto el sol, é por esto el rey Arban los recogió consigo, é no quiso romper, que así gelo envió á mandar

el rey Lisuarte, por ser la hora tal, é porque de sus contrarios quedaba mucha gente por entrar en la vuelta, é hobo recelo de recibir dellos algun revés; que bien cuidaba que para los primeros bastaba el Emperador con los suyos; é así por esto como por la noche que sobrevino, que fué la causa mas principal, recogieron á los romanos, é los contrarios se detuvieron, que los no siguieron mas. De manera que la batalla se partió con mucho daño de ambas las partes, aunque los romanos recibieron el mayor.

Amadís é los de su parte, como por ellos quedó el campo, hicieron llevar todos los heridos de los suyos é de su gente; despojaron todos los otros, é quedaron en el campo los heridos é muertos de la parte de los romanos, que los no quisieron matar, de los cuales muchos murieron por no ser socorridos. Pues vueltas las gentes, así de un cabo como de otro, á sus reales, hobo algunos hombres de orden, que en las batallas venian para reparar las ánimas de los que menester lo hobiesen, que como vieron tan gran destrozo é las voces que los heridos daban, demandando piedad é misericordia, acordaron, así de un cabo como de otro, de se poner, por servicio de Dios, en trabajar porque alguna tregua hobiese, en que los heridos se reparasen é los muertos fuesen soterrados; é así lo hicieron, que estos hablaron con el rey Lisuarte é con el Emperador, é los otros con el rey Perion, é todos tovieron por bien que la tregua se asentase por el día siguiente. Aquella noche pasaron con grandes guardas é curaron de los heridos, é los otros descansaron del gran trabajo que habían pasado. Venida la mañana, fueron muchos á buscar á sus parientes, é otros á sus señores. É allí viérades los llantos tan grandes de ambas las partes, que de oírlo pone gran dolor, cuanto mas de lo ver. Todos los vivos llevaron al real del Emperador, é los muertos fueron soterrados, de manera que el campo quedó desembargado. Así pasaron aquel día enderezando sus armas é curando de sus caballos. É á don Cuadragante curaron de la herida del brazo, é vieron que era poca cosa; pero aunque otro caballero que la toviera que no fuera tal como él no se pusiera en armas ni en trabajos, él no quiso por eso dejar de ayudar á sus compañeros en la batalla siguiente. Venida la noche, todos se acogieron á sus albergues, y al alba del día se levantaron al son de las trompas, é oyeron misas, é luego toda la gente fué armada y puesta á caballo, é cada capitán recogió los suyos. Así de la una parte como de la otra fué acordado que las delanteras tomasen las batallas que no habían peleado, é así se hizo.

CAPITULO XXX.

Cómo sucedió en la segunda batalla á cada una de las partes, é por qué causa la batalla se partió.

Puso en la delantera el rey Lisuarte al rey Arban de Norgales, é á Norandel é don Guilan el cuidador, é los otros caballeros que ya oistes, y él con su batalla y el rey Cildadan les hicieron espaldas, é tras ellos el Emperador é todos los suyos, cada uno en su haz é con sus capitanes, segun é por la ordenanza que tenían. El rey Perion dió la delantera á su sobrino don Brian de Monjaste, y él é

Gastiles, con la seña del emperador de Constantinopla, les hacían espaldas, é todas las otras batallas en su concierto; de manera que las que mas desviadas estovieron el primero día que pelearon, agora iban mas cerca. Con esta ordenanza movieron los unos y los otros, é cuando fueron cerca tocaron las trompas de todas partes, é las haces de Brian de Monjaste y del rey Arban de Norgales se juntaron tan bravamente, que de la primera fueron por el suelo mas de quinientos caballeros, é sus caballos sueltos por el campo. Don Brian se falló con el rey Arban, é diéronse muy grandes encuentros; así que, las lanzas fueron quebradas, mas otro mal no se hicieron; é metieron mano á sus espadas, é comenzáronse á ferir por todas las partes que mas daño se podían hacer, como aquellos que muchas veces lo habían hecho é usado. Norandel é don Guilan firieron juntos en la gente de sus contrarios, é como eran muy valientes é muy esforzados, mucho daño, é mas hicieron sino por un caballero, pariente de don Brian, que con la gente de España había venido, que había nombre Filano, que tomó consigo muchos de los españoles, que eran buena gente de guerra, é firió tan recio aquella parte donde don Guilan é Norandel andaban, que así á ellos como á todos los que delante sí tomaron, los llevaron una pieza por el campo; pero allí facian cosas extrañas Norandel y don Guilan por reparar los suyos. Al rey Arban é á don Brian despartieron de su batalla, así los unos como los otros, por la gran priesa que á la otra parte había; é cada uno dellos comenzó á esforzar los suyos, firiendo y derribando en los contrarios; pero como la gente de España fuese mas é mejor encabalgados, hobieron tan gran ventaja, que sino porque el rey Lisuarte y el rey Cildadan socorrieron con sus haces, no les tovieran campo, é todos fueran perdidos; mas en la llegada destes reyes fué todo reparado. El rey Perion, como vió la seña del rey Lisuarte, dijo á Gastiles: «Agora, mi buen señor, movamos, é todavía mirad por esta seña; que yo así lo faré.» Entonces fueron derrancadamente contra sus enemigos. El rey Lisuarte los recibió como aquel á quien nunca fallasció corazón ni esfuerzo, que sin duda podeis creer que en su tiempo nunca hobo rey que mejor ni mas denodadamente su cuerpo aventurase en las cosas que á su honra tocaban, así como por esta gran historia podeis ver en todas las batallas é afrentas en que se falló.

Pues vueltas así estas gentes en número tan crecido, ¿quién os podría contar las caballerías que allí se hicieron? Sería imposible al que verdad quisiese decir; que tantos buenos caballeros fueron allí muertos é llagados, que casi los caballos no podían andar sino sobre ellos. Deste rey Lisuarte digo que, como hombre lastimado, no teniendo su vida tanto como en nada, se metía entre sus enemigos tan esforzadamente, que pocos fallaba que le osasen atender. El rey Perion, yendo por otra parte haciendo maravillas, acaso se encontró con el rey Cildadan, é como se conocieron, no quisieron acometerse; antes pasaron el uno por el otro, y fueron herir en los que delante sí fallaron, é derribaron muchos caballeros muertos y llagados á tierra. Como el Emperador vió tan gran revuelta y le pareció estar los de su parte en gran peligro, mandó á sus capitanes que con todas sus ha-

ces rompiesen lo mas denodadamente que ser pudiese, y que él así lo haría; lo cual fué hecho, que todas las batallas juntas con el Emperador dieron en los contrarios. Mas antes que ellos llegasen, las otras de la parte contraria, de que los vieron venir, asimismo todos juntos derrancaron por el campo; así que, todos fueron mezclados unos con otros, de manera que no podían haber concierto ni aguardar ninguno á su capitán. Mas andaban tan envueltos é tan juntos, que se no podían herir ni aun con las espadas; é trabábanse á brazos, y derribábanse de los caballos, é mas eran los que murieron de los piés dellos que de las heridas que se daban. El estruendo y el ruido era tan grande, así de las voces como del reteñir de las armas, que todos aquellos valles de la montaña facian reteñir, que no parecían sino que todo el mundo era allí asonado; é por cierto así lo podeis creer, que no el mundo, mas todo lo mas de la cristiandad é la flor della estaba allí, donde tanto daño en ella se recibió aquel día, que por muchos y largos tiempos no se pudo reparar.

Así que, esto se puede dar por ejemplo á los reyes é grandes señores, que antes que las cosas facen, las miren é piensen primero con la buena conciencia, mirando mucho los inconvenientes que dello se pueden seguir, porque no á su cargo é por sus yerros é aficiones laceren é mueran los que culpa no tienen, como muchas veces acaesce; que puede ser que la inocencia de estos tales lleve sus ánimas á buen lugar. Así que, por mayor muerte é muy mas peligrosa se puede contar, aunque al presente las vidas les queden, á los causadores de tal destrucción como esta á que dió ocasion este rey Lisuarte, aunque muy discreto é sabido en todas las cosas era, como oído habeis; pero causólo esto no querer estar á consejo de otro alguno, sino del suyo propio.

Pues dejando todo esto aparte, que, segun la gran soberbia é la ira, que sobre nosotros están muy enseñoreadas para nos poner en muchas pasiones y en grandes tribulaciones, donde creo que los amonestamientos son excusados, tornaremos al propósito; et digo que, como las batallas así andoviesen, é muriesen muchas gentes, la priesa era tan grande; que no se podían valer los unos á los otros, que todos estaban ocupados, é delante sí hallaban con quién pelear. Agrájes siempre tenía el cuidado de mirar por el rey Lisuarte, é no le había visto, con la gran priesa é muchedumbre de gente; é yendo por entre las batallas, vió que acababa de derribar de un encuentro á Dragonis, en que quebró la lanza, é tenía la espada en la mano para lo ferir, é Agrájes fué para él con su espada é díjole: «A mí, rey Lisuarte; que yo soy el que te mas desama.» Él, como lo oyó, volvió la cabeza é fué para él, é Agrájes á él; é tan recios llegaron el uno al otro, que se no pudieron ferir; é Agrájes soltó la espada en la cadena con que la traía, é abrazóse con él; que, como ya es dicho en otras partes desta historia, este Agrájes fué el mas acometedor caballero é de mas vivo corazón que en su tiempo hobo, é si así la fuerza como el esfuerzo le ayudara, no hobera en el mundo mejor caballero que él; é así, era uno de los buenos que en gran parte se podrían fallar. Pues estando abrazados, cada uno punaba

cuanto podía por derribar al otro; Agrájes se viera en gran peligro, porque el Rey era mas valiente de cuerpo y de fuerza, sino por el buen rey Perion, que sobrevino, con el cual vinieron don Florestan é Landin y Enil, é otros muchos caballeros, é cuando así vió á Agrájes punó de lo socorrer; é de la otra parte acudió don Guilan el cuidador é Norandel, é Brandoibas, é Giontes, sobrino del Rey; que estos, aunque en otras partes facian sus entradas é grandes caballerías, siempre tenían ojo á mirar por el Rey; que así lo tenían en cargo. Pues como estos llegaron, firieron de las espadas, que las lanzas quebradas eran, todos tan bravamente, que cosa extraña era de ver; y llegábase de entrambas partes por socorrer cada uno al suyo, mas el rey é Agrájes estaban tan asidos, que los no podían quitar, ni tampoco derribarse el uno al otro, porque los de su parte los tenían en medio, é los sostenían que no cayesen. Como aquí fuese la mas priesa de la batalla y el mayor ruido de las grandes voces, ocurrieron allí muchos caballeros de cada una de las partes; entre los cuales vino don Cuadragante, é como llegó, vió la revuelta, é al Rey abrazado con Agrájes, metióse muy recio por todos, y echó mano del Rey tan bravamente, que por poco hobera derribado á entrambos; que no osó ferir al Rey por no dar á Agrájes, é porque le dieran muchos golpes los que al Rey defendían, nunca le soltó.

El rey Arban de Norgales, que venia con el emperador de Roma, que había pieza que no había al Rey visto, llegó allí, é como lo vió en tan gran peligro, fué muy desapoderado, é abrazóse con don Cuadragante muy apretadamente; así estaban todos cuatro abrazados, é al derredor dellos el rey Perion é los suyos, y de la otra parte Norandel é don Guilan é los suyos, que nunca cesaban de se combatir. Pues así estando la cosa en tan gran revuelta y peligro, sobrevino de la parte del rey Lisuarte el Emperador y el rey Cildadan con mas de tres mil caballeros, y de la otra Gastiles é Grasandor con otras muchas compañías, y llegaron unos é otros tan recios á la priesa y con tan gran estruendo, que por fuerza hicieron derramar los que se combatían; y los que estaban abrazados hobieron por bien de se soltar, y quedaron todos cuatro á caballo, pero muy cansados, que casi en las sillas tener no se podían; é tanta fué la gente que á la parte del rey Lisuarte cargó, que en muy poco estuvo el negocio de se perder, si no fuera por la grande bondad del rey Perion y de don Cuadragante é de don Florestan, é los otros sus amigos, que como esforzados caballeros sufrieron tanto, que fué gran maravilla. Así estando en esta priesa, como oídes, llegó aquel muy esforzado caballero Amadís, que había andado á la diestra parte de la batalla, é había muerto de un solo golpe á Costancio, y desbaratado todo lo mas de aquella parte, y traía en su mano la su buena espada tinta de sangre hasta el puño, é vinieron con él el conde Galtines é Gandalin y Trion, y como vió tanta gente sobre su padre, y sobre los suyos vió estar al Emperador delante combatiéndose, como cosa que ya por vencida tenía, puso las espuelas á su caballo, que entonces había tomado á un doncel de los de su padre que venia folgado, y metióse tan recio y tan denodado

por la gente, que fué maravilla de lo ver. Floyan, que lo conoció en las sobreseñales, hobo recelo que si el Emperador llegase, que todos no serian tan poderosos de gelo defender ni amparar, y lo mas presto que pudo se puso delante, aventurando su vida por salvar la suya del Emperador. Don Florestan, que á aquella parte se falló, entraba á la par con Amadís, é como vió á Floyan, fué para él lo mas presto que pudo, é diéronse muy grandes golpes de las espadas por cima de los yelmos; mas Floyan fué desacordado, que se no pudo tener en el caballo, é cayó en tierra, é allí fué muerto, así del gran golpe como de la mucha gente que sobre él anduvo.

Amadís no curó de su batalla; antes, como llevaba los ojos puestos en el Emperador, é mas en el corazon de lo matar si podiese, que ya entre los suyos estaba, metióse con muy gran rabia entre ellos por le ferir; é como quiera que de todas partes grandes golpes le diesen por gelo defender, nunca tanto pudieron hacer los contrarios, que le estorbasen de se juntar con él; é como á él llegó, alzó la espada é hirióle de toda su fuerza, é dióle tan gran golpe por encima del yelmo, que le desapoderó de toda su fuerza, y le hizo caer el espada de la mano, é como Amadís vió que iba á caer del caballo, dióle muy prestamente otro golpe por cima del hombro, que le cortó todas las armas é la carne fasta el hueso, de manera que todo aquel cuarto con el brazo le quedó colgado, é cayó del caballo tal, que dende á poco fué muerto. Cuando los romanos, que muy cerca dél estaban, lo vieron, dieron muy grandes voces, de manera que se llegaron muchos, é tornóse á avivar la batalla, que andovieron allí muy presto Arquisil é Flamíneo, y llegaron con otros muchos caballeros donde Amadís é don Florestan estaban, é diéronle muy grandes é fuertes golpes de todas partes; mas el conde Gallínes é Gandalin é Trion dieron voces á don Bruneo é Angriote que se juntasen con ellos para los socorrer. E todos cinco, á pesar de todos, llegaron en su ayuda, haciendo mucho daño.

El rey Perion estaba con don Cuadragante, é Agrájes é otros muchos caballeros á la parte del rey Lisuarte y del rey Cildadan, é otros muchos que con ellos estaban, é combatíanse muy reciamente. Así que, allí fué la mas brava batalla que en todo el dia habia sido, é mayor mortandad de gente. Mas á esta hora sobrevino don Brian de Monjaste é don Gandáles, que habian recogido de los suyos hasta seiscientos caballeros; é dieron en los enemigos tan bravamente á la parte donde Amadís é sus compañeros estaban, que á mal de su grado los retrajeron una gran pieza. A estas grandes voces que entonces se dieron, Arban, rey de Norgales, volvió la cabeza é vió cómo los romanos perdian el campo, é dijo al rey Lisuarte: «Señor, retraedvos; si no, perder os heis.» Cuando el Rey esto oyó, miró, é bien conoció que decia verdad. Entonces dijo al rey Cildadan que le ayudase á retraer los suyos en son que se no perdiesen; é así lo hicieron, que siempre vueltos á los contrarios, é dándose muy grandes golpes con ellos, se retrajeron fasta se poner en igual de los romanos, é allí se detuvieron todos, porque Norandel, é don Guilan, é Cendil de Ganota, é Ladasin, é otros muchos con ellos, se pasaron á la parte de los ro-

manos, que era lo mas flaco, para los esforzar; pero todo era nada; que ya la cosa iba de vencida.

Estando la batalla en tal estado como ois, Amadís vió cómo la parte del rey Lisuarte iba perdida sin ningun remedio, y que si la cosa pasase mas adelante, que no seria en su mano de lo poder salvar, ni aquellos grandes amigos suyos que con él estaban; y sobre todo, le vino á la memoria ser este padre de su señora Oriana, aquella que sobre todas las cosas del mundo amaba é temia, é las grandes honras que él é su linaje los tiempos pasados habian dél recebido, las cuales se debian anteponer á los enojos, y que toda cosa que en tal caso se ficiere seria gran gloria para él, contándose mas á sobrada virtud que á poco esfuerzo. E vió que muchos de los romanos llevaban á su señor haciendo gran duelo y que la gente se esparcia. Y porque venia la noche acordó, aunque afrenta pasase de alguna vergüenza, de probar si podría servir á su señora en cosa tan señalada; y tomó consigo al conde Gallínes, que cabe si tenia, y fuése cuanto pudo por entre ambas las batallas á gran afán, porque la gente era mucha é la priesa grande; que los de su parte, como conocian la ventaja, apretaban á sus enemigos con gran esfuerzo, y en los otros ya cuasi no habia defensa, sino por el rey Lisuarte y el rey Cildadan é los otros señalados caballeros; y llegaron él y el Conde al rey Perion, su padre, é díjole: «Señor, la noche viene; que á poca de hora no nos podriamos conocer unos á otros, é si mas durase la contienda, seria gran peligro, segun la muchedumbre de la gente, que así podriamos matar á los amigos como á los enemigos, y ellos á nosotros; paréceme que seria bien apartar la gente; que, segun el daño que nuestros enemigos han recebido, bien creo que mañana no nos osarán atender.» El Rey, que gran pesar en su corazon tenia en ver morir tanta gente sin culpa ninguna, díjole: «Hijo, fágase como te parece, así por eso que dices, como porque mas gente no muera; que aquel Señor que todas las cosas sabe, bien ve que esto mas se deja por su servicio que por otra ninguna causa; que en nuestra mano está toda su destruicion, segun son vencidos.» Agrájes estaba cerca del Rey, é Amadís no le habia visto, é oyó todo lo que pasaron, é vino con gran furia á Amadís, é dijo: «¿Cómo, señor primo, agora que teneis á vuestros enemigos vencidos y desbaratados, y estáis en disposicion de quedar el mas honrado príncipe del mundo, los quereis salvar?—Señor primo, dijo Amadís, á los nuestros querría yo salvar, que con la noche no se matasen los unos á los otros; que á nuestros enemigos por vencidos los tengo, que no hay en ellos defensa ninguna.» Agrájes, como muy cuerdo era, bien conocia la voluntad de Amadís, é díjole: «Pues que no quereis vencer, no debeis señorear; que siempre seréis caballero andante, pues que en tal coyuntura os vence é niega la piedad; pero hágase como por bien tovierdes.»

Entonces el rey Perion é don Cuadragante, á quien desto no pesaba, por el rey Cildadan, con quien tanto deudo tenia, é á quien él mucho amaba, por una parte, é Amadís é Gastiles por la otra, comenzaron á apartar la gente, é hicieronlo con poca premia, que ya la noche los partia. El rey Lisuarte, que estaba en

esperanza ninguna de poder cobrar lo perdido, y determinado de morir antes que ser vencido, cuando vió que aquellos caballeros apartaban la gente mucho fué maravillado, é bien creyó que no sin algun gran misterio aquello se facia, y estovo quedo hasta ver qué dello podria redundar. E como el rey Cildadan vió lo que los contrarios hacian, dijo al Rey: «Paréceme que aquella gente no os seguirá, é honra nos facen; y pues que así es, recojamos la nuestra, é vamos á descansar, que tiempo es.» Así se fizo, que el rey Arban de Norgales, é don Guilan el cuidador, é Arquisil, é Flamíneo con los romanos retrajeron toda la gente. Así se partió esta batalla como oides; y por cuanto el comienzo de toda esta gran historia fué fundado sobre aquellos grandes amores que el rey Perion tovo con la reina Elisena, que fueron causa de ser engendrado este caballero Amadís, su hijo, del cual y de los que él tiene con su señora Oriana ha procedido é procede tanta y tan gran escritura, aunque algo parezca salir de propósito, razon es que, así para su desculpa destos que tan desordenadamente amaron, como para los otros que con ellos aman, se diga qué fuerza tan grande es sobre todas la de los amores, que en una cosa de tan gran fecho como este fué, y tan señalado por el mundo, donde tales é tantas gentes de grandes estados se juntaron, é tantas muertes hubo y la honra tan grandísima que ganaban los vencedores, que dejándolo todo aparte allí entre la ira é la saña é gran soberbia, con tan antigua enemistad, que la menor destas es bastante para cegar y turbar á cualquiera que muy discreto y esforzado sea, allí tovo tanta fuerza el amor que este caballero tenia con su señora, que olvidando la mayor gloria que en este mundo se puede alcanzar, que es el vencer, pusiese tal embarazo, por donde sus enemigos recibiesen el beneficio que habeis oido, que sin duda ninguna podeis creer que en la mano é voluntad de Amadís y de los de su parte estaba toda la destruicion del rey Lisuarte y de los suyos, sin se poder valer. Pero no es razon que se atribuya sino á aquel Señor que es reparador de todas las cosas; que bien se puede creer que así fué por él permitido que se ficiere, segun la paz é concordia que desta tan grande enemistad redundó, como adelante vos contarémos. Pues las gentes apartadas é tornadas á sus reales, pusieron treguas por dos dias, porque los muertos eran muchos, é acordóse que seguramente cada una de las partes pudiese llevar los suyos. El trabajo que pasaron en los soterrar, é los llantos que por ellos ficiéron, será excusado decirlo; porque la muerte del Emperador, segun lo que por ella se fizo, puso olvido en los restantes. Pero lo uno y lo otro se dejará de contar, así porque seria prolijo y enojoso, como por no salir del propósito comenzado.

CAPITULO XXXI.

Cómo el rey Lisuarte fizo llevar el cuerpo del emperador de Roma á un monesterio, é cómo habló con los romanos sobre aquel fecho en que estaba, é la respuesta que le dieron.

A su tienda llegó el rey Lisuarte, é rogó al rey Cildadan que allí se apease é desarmase, porque antes de mas reposo, diesen órden cómo el cuerpo del Emperador se pusiese donde convenia estar; é como desar-

mados fueron, aunque muy quebrantados é cansados estaban, llegaron entrambos á la tienda del Emperador, donde muerto estaba, é fallaron todos los mayores de sus caballeros en derredor dél haciendo gran duelo. Que aunque este emperador de su proprio natural fuese soberbio é desabrido, por la cual causa con mucha razon los que estas maneras tienen deben ser desamados, era muy franco é liberal en facer á los suyos tantos bienes é mercedes, que con esto encubria muchos de sus defectos; porque, aunque naturalmente todos tengan mucho contentamiento de los que con gracia é cortesía reciben á los que á ellos llegan, mucho mas lo tienen de los que, aunque con alguna aspereza, por obra las cosas que les piden, porque el efecto verdadero está en obrar la virtud, é no en la platicar. Llegados allí estos dos reyes, quitaron aquellos caballeros de hacer su duelo, é rogáronles que se fuesen á sus tiendas, y se desarmasen é curasen de sus llagas; que ellos no se quitarian de allí hasta que aquel cuerpo fuese puesto adonde se requeria estar tan gran príncipe. Pues idos todos, que no quedaron sino los oficiales de la casa, mandó el rey Lisuarte que aparejasen al Emperador como luego podiesen caminar con él, é lo llevasen á un monesterio que á una jornada de allí estaba cabe una su villa, que habia nombre Luvaina, porque desde allí se pudiese con mas reposo á Roma llevar, á la capilla de los emperadores.

Esto así hecho, tornáronse los reyes á la tienda donde habían salido, é allí les tenían aderezado de cenar é cenaron, é al parescer de los que allí estaban, con buen semblante. Pero alguno habia que en lo secreto no era así, antes su espíritu estaba muy afligido é con mucho cuidado; el cual era el rey Lisuarte, porque salida la tregua, no esperaba ningun remedio á su salud, que, segun la ventaja que sus enemigos le habian tenido en las dos batallas pasadas, é la flaqueza grande que en sus gentes conocia, especial en los romanos, que era la mayor parte, é habiendo conocimiento del gran esfuerzo de los contrarios, por dicho se tenia que no era parte para sostener la tercera batalla, y no esperaba otra cosa, salvo en ella ser deshonrado é vencido, aunque lo mas cierto era muerte, porque él no deseaba mas la vida de cuanto la honra sostener pudiese. E cuando hobo cenado el rey Cildadan se fué á su tienda, y el rey Lisuarte quedó en la suya. Así pasaron aquella noche, poniendo grandes guardas en su real; é venida la mañana, el Rey se levantó, é desque hobo oido misa llevó consigo al rey Cildadan, y fuése á la tienda del Emperador, el cual habian ya llevado, é á Floyan con él, al monesterio que vos dije; é fizo llamar á Arquisil é á Flamíneo, é á todos los otros grandes señores que allí de su compañía estaban, y venidos ante él, hablóles en esta guisa: «Mis buenos amigos, el grande pesar que yo tengo de la muerte del Emperador, é la gana é voluntad de la vengar, no otro alguno sino Dios lo sabe. Pero, como estas sean cosas muy comunes en el mundo, é que excusar no se pueden, así como cada uno de vos habrá visto é oido, no queda otro remedio sino que, dejando aparte los muertos, los vivos que quedan pongan tal remedio á sus honras, que no parezca que de la muerte natural dellos redunda

otra muerte artificial en los que viven. Lo pasado es sin remedio para lo presente y porvenir; por la bondad de Dios tantos quedamos, que si con aquel amor é voluntad á que los buenos son tenudos é obligados nos ayudamos, yo fio en él que con mucha gloria é ventaja cobraremos aquello que hasta aquí se ha perdido; é quiero que de mí sepais que si todo el mundo en contrario toviere, é los que conmigo están me dejasen, no partiré deste lugar sino vencedor ó muerto; así que, mis buenos amigos, mirad quién sois y del linaje donde venis, é faced en esto de manera que á todo el mundo se dé á conocer que en la muerte del señor no estaba la de todos los suyos.»

Acabada el rey Lisuarte su fabla, como Arquisil fuese el mas principal de todos ellos, así en esfuerzo como en linaje, porque, como muchas veces se os ha dicho, á este venia de derecho la sucesion del imperio, se levantó donde estaba, y respondió al Rey, diciendo: «A todo el mundo es notorio, desde que Roma se fundó, las grandes hazañas é afrentas que los romanos en los tiempos pasados á su muy gran honra acabaron, de las cuales las historias están llenas, y en ellas señalados sus fechos famosos entre todos los del mundo, así como el lucero entre las estrellas; y pues de tan excelente sangre venimos, no creais vos, buen señor rey Lisuarte, ni otro ninguno, sino que agora mejor que de primero, é con mas esfuerzo é cuidado, posponiendo todo el peligro y temor que vos avenir podiese, seguiremos aquello que los nuestros famosos antecesores siguieron, por donde dejaron en este mundo fama tan loada con perpétua memoria, é como los virtuosos lo deben seguir; é vos no vos dejeis caer, ni á vuestro corazon deis causa de flaqueza, que por todos estos señores me profiero, é por los otros que aquellos é yo tenemos encargo de gobernar é mandar, que la tregua salida, tomaremos la delantera de la batalla, é con mas esfuerzo é corazon resistiremos é apremiarémos á nuestros enemigos que si el Emperador nuestro señor delante estoviese.» Mucho pareció bien á todos cuantos allí estaban lo que este caballero dijo, principalmente al rey Lisuarte; é bien dió á entender que con mucho derecho merecia la honra y gran señorío que Dios le dió, como adelante se dirá. Con esta respuesta se fué muy contento el rey Lisuarte, é dijo al rey Cildadan: «Mi buen señor, pues que tal recaudo hallamos en los romanos, é con tan buena voluntad nos ayudan, lo cual de mí creído así no era; y teniendo tan buen caballero é tan esforzado por caudillo como este Arquisil, gran razon es, é cosa muy aguisada, que nosotros, pospuesto todo peligro, tomemos este negocio segun la razon nos obliga; é de mí os digo que, salida la tregua, no habrá otra cosa sino luego la batalla, en la cual si Dios la vitoria no me da, no quiero que me dé la vida; que la muerte me será mas honra.» El rey Cildadan, como fuese muy buen caballero y de gran esfuerzo, aunque su corazon siempre llorase aquella tan gran lástima que sobre sí tenia, en ser tributario de aquel rey, mirando mas á lo que su promesa é juramento era obligado que al contentamiento de su voluntad ni querer, le dijo: «Mi señor, mucho soy alegre de lo que en los romanos se falla, é mucho mas en haber conocido el esfuerzo de vuestro

corazon; que las cosas semejantes que son pasadas, é las presentes que se esperan son el toque donde se conviene descubrir su virtud; y en lo que á mí toca, tened fiucia que vivo ó muerto donde vos quedádes quedará este mi cuerpo.» Cuando el Rey esto le oyó mucho gelo gradesció, y lo tovo en tanto, que desde aquella hora, segun despues por él se supo, propuso en su voluntad que, como quiera que la fortuna próspera ó adversa le viniese, de le soltar el señorío que sobre él tenia, lo cual así se hizo, como adelante oiréis.

Esta cosa es muy señalada é mucho de notar á quien la leyere; que solamente por conocer el rey Lisuarte con la gran aficion que esterey se le profirió á morir en su servicio, aunque el efeto no vino, tovo por bien de le dejar libre de aquel vasallaje que sobre él tenia, por donde se da á entender que la buena y verdadera voluntad, así en lo espiritual como en lo temporal, merece tanto galardón como si la propia obra pasase, porque della nace el efeto de lo bueno, y de la contraria de lo malo. Llegados estos reyes á sus tiendas, comieron y descansaron, dando orden en las cosas necesarias para dar fin en esta afrenta tan grande y tan señalada que sobre sus honras é vidas tenían.

Mas agora dejaremos á los unos y otros en sus reales, como habeis oido, esperando que en la tercera batalla estaba la gloria y vencimiento de la una parte, aunque la certidumbre de la una muy conocida y clara estoviese, é contáros hemos lo que en este medio tiempo acaeció, por donde conoceréis que la soberbia é gran saña, y el peligro tan junto é tan cercano que estas gentes tenían unas de otras, no pudieron estorbar aquello que Dios, poderoso en todas las cosas, tenia permitido que se ficiese.

CAPITULO XXXII.

Cómo, sabido por el santo ermitaño Nasciano, que á Esplandian el fermoso doncel crió, esta gran rotura destes reyes, se dispuso á los poner en paz, y de lo que en ello fizo.

Cuenta la historia que aquel santo hombre Nasciano, que á Esplandian criara, como la tercera parte desta historia lo cuenta, estando en su ermita, en aquella gran floresta que ya oistes, mas habia de cuarenta años que, segun era el lugar muy esquivo é apartado, pocas veces iba allí ninguno, que él siempre tenia sus provisiones para gran tiempo; y no se sabe si por gracia de Dios ó por las nuevas que dello pudo oir, supo cómo estos reyes é grandes señores estaban en tanto peligro y afrenta, así de sus personas como de todos aquellos que en su servicio iban, de lo cual mucho dolor é gran pesar en su corazon hobo; é porque á la sazón estaba tan doliente, que andar ni se levantar podia, siempre rogaba á Dios que le diese salud y esfuerzo para que él pudiese ser reparo destes que eran en su santa ley; porque, como él hobiese confesado á Oriana, y della supiese todo el secreto de Amadís, y ser Esplandian su hijo, bien conoció el gran peligro que se aventuraba en haberla de casar con otro; é por aquí pensó que, pues Oriana estaba en tal parte donde la ira de su padre no podia temer, que sería bien, aunque él muy viejo é

cansado fuese, de se poner en camino y llegar á la insola Firme, porque con su licencia della, que de otra guisa no podia ser, podiese desengañar al rey Lisuarte de lo que no sabia, é toviere tal manera, que poniendo la paz é concordia, allegase el casamiento de Amadís y della. Con este pensamiento y deseo, cuando algun poco aliviado se sintió, tomó consigo dos hombres de aquel logar do su hermana vivia, que era la madre de Sargil, el que andaba con Esplandian, y encima de su asno se metió al camino; aunque con mucha flaqueza, y con pequeñas jornadas y mucho trabajo, andovo tanto, que llegó á la insola Firme al tiempo que el rey Perion y toda la gente era ya partida para la batalla, de lo cual mucho pesar hobo. Pues allí llegado, fizo saber á Oriana su venida; como ella lo supo, fué muy alegre por dos cosas: la primera, porque este santo ermitaño habia criado é dado, despues de Dios, la vida á su hijo Esplandian, y la otra por tomar consejo con él de lo que á su alma é buena conciencia se requeria; y luego mandó á la doncella de Denamarca que saliese á él, y lo trajese donde ella estaba, é así lo fizo. Cuando Oriana le vió entrar por la puerta, fué para él é fizo los hinojos delante, é comenzó de llorar muy reciamente, é dijole: «Oh santo hombre! dad vuestra bendicion á esta mujer malaventurada é muy pecadora, que por su mala ventura y de otros muchos fué nascida en este mundo.» Al ermitaño le vinieron las lágrimas á los ojos de la piedad que della hobo, y alzó la mano y bendijola, é dijole: «Aquel Señor que es reparador y poderoso en todas cosas os bendiga, y sea en la guarda y reparo de todas las vuestras cosas.» Entonces la tomó por las manos é alzóla suso, é dijole: «Mi buena señora é amada hija, con mucha fatiga é gran trabajo soy venido por vos hablar, é cuando os ploguiere mandadme oir, porque yo no me puedo detener, ni el estilo de mi vivir é hábito me da licencia para ello.» Oriana, así llorando como estaba, le tomó por la mano, sin ninguna cosa le responder, que los grandes sollozos no le daban lugar, y se metió en su cámara con él, é mandó que allí solos los dejasen; así fué fecho. Cuando el ermitaño vió que sin recelo podia decir lo que quisiese, dijo: «Mi buena señora, yo estando en aquella ermita donde há tanto tiempo que he demandado á Dios nuestro Señor que haya piedad de mi ánima, poniendo en olvido todo lo mundanal, por no rescebir algun entrevalo en mi propósito, fui sabidor cómo el Rey vuestro padre y el emperador de Roma con muchas gentes son venidos contra Amadís de Gaula, é asimismo él con su padre é otros príncipes é caballeros de gran estado va á les dar batalla. Lo que de aquí se puede seguir, quien quiera lo conocerá; que por cierto, segun la muchedumbre de las gentes, y el gran rigor con que se demandan é buscan, no puede aquí redundar sino en mucha perdicion dellos y en gran ofensa de Dios nuestro Señor; é porque la causa, segun me dicen, es el casamiento que vuestro padre quiere juntar de vos y del emperador de Roma, yo, Señora, me dispuse á hacer este camino que veis, como persona que sabe el secreto de cómo vuestra conciencia en este caso está, y el gran peligro de vuestra persona é fama, si lo que el Rey vuestro padre quiere hobiese efeto; y porque de vos, mi buena hija, en confesion lo su-

pe, no he tenido licencia de poner en ello aquel remedio que á tan gran daño como aparejado está convenia. Agora que veo el estado en que las cosas estan, será mas pecado callarlo que decirlo. Vengo á que vos, amada hija, hayais por mejor que vuestro padre sepa lo pasado, y que no vos puede dar otro marido sino el que teneis; que no lo sabiendo, pensando que lo que él quiere justamente se puede cumplir, su porfia será tal, que con gran destruicion de los unos y de los otros siguiere su propósito, é al cabo sea publicado, así como el Evangelio lo dice: que ninguna cosa puede oculta ser que sabida no sea.» Oriana, que algun tanto mas el espíritu reposado tenia, lo tomó por las manos y gelas besó muchas veces contra su voluntad dél, é dijole: «Oh muy santo hombre é siervo de Dios! en vuestro querer é voluntad pongo y dejo todos mis trabajos y angustias para que hagais aquello que mas al bien de mi ánima cumple; é á aquel Señor á quien vos servis, é yo tanto tengo ofendido, le plega por su santa piedad de lo guiar, no como yo muy pecadora lo merezco, mas como él por su infinita bondad lo suele hacer con aquellos que mucho le han errado; si de todo corazon, como yo agora lo hago, merced le piden.» El hombre bueno con mucho placer le respondió: «Pues, amada hija, en este Señor que decís que á ninguno faltó en las grandes necesidades si con verdadero corazon é contricion le llaman, tened mucha fiucia, é á mí conviene, como aquel que con mas honestidad lo puede é debe facer, poner aquel remedio que su servicio sea, y vuestra honra sea guardada con aquella seguridad que á la conciencia de vuestra ánima se requiere; y porque de la dilacion mucho daño y mal se puede seguir, conviene que luego por vos, mi buena señora, me sea dada licencia, porque el trabajo de mi persona (si ser pudiere) alcance algo del fruto que yo deseo.» Oriana le dijo: «Mi señor Nasciano, aquel doncel que, despues de Dios, distes la vida os encomiendo que le roguéis por él, é si acá tornáredes, haced mucho por le traer con vos, é á Dios vayais encomendado que vos guie, de manera que vuestro buen deseo se cumpla al su santo servicio.»

Así el santo ermitaño se despidió, é con mucha fatiga de su espíritu, é grande esperanza de cumplir su buena voluntad, entró en el camino por donde supo que la gente iba; pero como él fuese tan viejo, como la historia lo cuenta, é no podiese andar sino en su asno, su caminar fué tan vagaroso, que no pudo llegar hasta que las dos batallas ya dadas eran, como dicho es; así que, estando las huestes en tregua, soterrando los muertos é curando de los feridos, llegó este muy santo hombre al real del rey Lisuarte, é como vió tantas gentes muertas é otros muchos feridos de diversas heridas, por los cuales muy grandes llantos á todas partes hacian, fué mucho espantado, é alzó las manos al cielo, llorando con mucha piedad, é dijo: «Oh Señor del mundo! á tí plega, por la tu santa piedad é pascion que por nosotros pecadores pasaste, que no mirando á nuestros muy grandes yerros é pecados, me des gracia como yo pueda quitar tan grande mal é daño que entre estos tus siervos aparejado está.» Pues entrando en el real, preguntó por las tiendas del rey Li-